

ACTAS DEL VI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)

Edición a cargo de
José Manuel Lucía Megías

TOMO II



Servicio de Publicaciones
Universidad de Alcalá

1997

Quedan reservados todos los derechos, ni parte ni la totalidad de este libro puede ser reproducido por cualquier medio, ya sea mecánico o electrónico, sin el permiso de los editores.

Comité Organizador:

Carlos ALVAR
María del Carmen FERNÁNDEZ LÓPEZ
Sonia GARZA
José Manuel LUCÍA MEGÍAS
Joaquín RUBIO TOVAR
Pedro SÁNCHEZ-PRIETO BORJA
María Jesús TORRENS

En la edición de *Las Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* han colaborado Pedro Sánchez-Prieto Borja, Joaquín Rubio Tovar, M.^a Carmen Fernández López, M.^a Jesús Torrens y Paciencia Talaya.

© Anónimas y colectivas
© Universidad Alcalá
Servicio de Publicaciones

I.S.B.N. (Obra completa): 84-8138-207-8
I.S.B.N.: (Tomo II): 84-8138-209-4

Depósito Legal: M-29892-1997

Imprime: Nuevo Siglo, S.L.

MITOLOGÍA E HISTORIA EN LOS TRATADOS DE HERÁLDICA DEL SIGLO XV

M^a Lourdes Simó Goberna
Universidad de New Mexico

Para Luis de Bretaña

Aquellos estudiosos de la literatura medieval cuyas investigaciones se centren en el siglo xv, coincidirán conmigo en que esta época constituye una fuente inagotable de textos. Si bien es cierto que muchos de ellos no merecerían ser calificados de «literarios» según la preceptiva tradicional, no lo es menos que son precisamente éstos los que en la actualidad representan el foco de atención de filólogos e historiadores de la literatura. En efecto, arrinconados los prejuicios tradicionalistas (por otro lado inexistentes para el autor medieval) acerca de lo que debe o no debe merecer la consideración de «literario», cada vez son -somos- más los investigadores que analizan, editan y divulgan textos cronísticos o tratados teóricos. Porque, en definitiva, tales obras esconden importantes valores.

A estas alturas resulta gratuito afirmar que en la mentalidad del tratadista medieval, lo fantástico y lo histórico se amalgaman hasta el punto de que el lector actual puede gozar con la ficción narrada en una obra de carácter cronístico o aleccionador, y es esta característica lo que proporciona un interés creciente a la labor de «rescate» que, poco a poco, va acercando al hombre moderno los horizontes del todavía lejano mundo medieval.

Hago estas consideraciones preliminares porque la comunicación que presento versará sobre una parte de los tratados a los que me refería más arriba: en concreto me ceñiré a los tratados heráldicos y caballerescos, abundantes en el siglo xv, y más específicamente a un capítulo esencial en este tipo de textos: la explicación de los orígenes de la heráldica.

Durante la segunda mitad del siglo xv se produce en toda Europa un auge de tratados originales o traducidos, relativos a las actividades de los caballeros: caza, justas, milicia, poética... Considero ocioso comentar aquí las causas de este interés creciente, pues han sido propuestas por otros investigadores más autorizados¹. En la Europa Occidental abundan los tratados acerca del ejercicio de las llamadas comúnmente «armas» y que dedican un apartado especial a la ciencia del blasón. Otros se circunscriben exclusivamente a la heráldica, sus orígenes y características, añadiendo, algunas veces, un armorial que incluye las casas relacionadas con el autor del tratado o con los nobles a quienes va dirigido.

En general, los heraldistas actuales afirman desconocer la fecha exacta del nacimiento de la heráldica. Si atendemos a la definición de Anthony R. Wagner, según la cual la heráldica es «el uso sistemático de emblemas hereditarios centrados en el escudo» podemos deducir que tal disciplina ya estaba constituida como ciencia en el siglo XI². De este modo, para los especialistas contemporáneos, el uso de enseñas (banderas, gonfalones, pendones) no se consideraría propio de la heráldica, aunque constituye un claro precedente de la misma. Martín de Riquer ilustra el imperceptible pero progresivo paso de la enseña al emblema, mediante el análisis de dos sellos del senescal de Francia Raoul de Vermandois: en el primero de ellos, que usaba hacia 1135, aparecen las armas del senescal en un gonfalon pendido de su lanza; pero el sello que usaba Raoul once años después, en 1146, muestra las armas del senescal en el escudo³.

Sin embargo, para el autor medieval, la heráldica comienza con las primeras enseñas que se levantaron en el mundo. De ahí que sus orígenes se remontan a la Antigüedad clásica o judaica. Tales atribuciones legendarias o fabulosas, fruto del anacronismo medieval estudiado por los expertos en textos novelescos y cronísticos, dotaban de armas a los héroes de la Antigüedad, como Héctor, Alejandro Magno o Julio César; a los héroes bíblicos: Abraham, Jacob, Judas Macabeo...y, por descontado, a los héroes novelescos como Artús de Bretaña y a los caballeros de la Tabla Redonda⁴.

Para mi estudio he seleccionado un grupo de textos compuestos entre los años 1440 y 1550 (fechas aproximadas de la *Cadira de Honor* de Juan Rodríguez del Padrón y del primer *Armorial Catalán* de Bernat Mestre, respectivamente). Entre sus autores podemos

¹ Huelga referirse a los innumerables trabajos del profesor Martín de Riquer dedicados al tema y que resultan valiosísimos como punto de partida. Por su carácter divulgador, merece citarse el artículo de Ángel Gómez Moreno, «La caballería en la literatura medieval: tratados teóricos», *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, 3 vols. (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986), II, 311-323. Julian Weiss, al frente de su edición de la «Questión entre dos cavalleros», *Revista de Literatura Medieval*, IV (1993), pp. 9-39, lleva a cabo un análisis del asunto que promete continuar.

² A. R. Wagner, *Heralds and heraldry in the Middle Ages*, Oxford, Oxford University Press, 1960², p. 12: «True heraldry I would define as the systematic use of hereditary devices centred on the shield».

³ Martín de Riquer, *Heráldica castellana en tiempos de los Reyes Católicos*, Barcelona, Quaderns Crema, 1986, p. 15.

⁴ Sobre el anacronismo en la historiografía hispana debemos destacar el todavía útil libro del profesor Francisco Rico, *Alfonso el Sabio y la General Estoria*, Barcelona, Ariel, 1972.

Martín de Riquer dedica unas páginas de su *Heráldica catalana (1150-1450)*, a la heráldica fabulosa y legendaria, Barcelona, Quaderns Crema, 1983, 2 vols. vol. I, pp. 47-58.

destacar consumados heraldistas, como Jean Courtois -el Heraldo Sicilia-, Garcí Alonso de Torres -el Heraldo Aragón- y Clément Prinsault; personajes de responsabilidad en la corte, como Pedro de Gracia Dei, rey de armas de los Reyes Católicos y Diego de Valera, maestresala de los mismos reyes. Cortesanos relevantes: Juan Rodríguez del Padrón, por ejemplo, o Ferrán Mexía, rival de Valera en cuestiones de ceremonial y nobleza. También a la heráldica dedica varios capítulos de su enciclopédico *Catalogus gloriae mundi* (1529) Barthélemy de Chasseneuz. Mención aparte merecen los autores catalanes: de los tres que citamos, sólo podemos documentar a Steve Tamborino, tamborilero de Juan II y de su hijo, Fernando el Católico. Acerca de la personalidad del presbítero Bernat Mestre y de Bernat de Llupià únicamente abundan las conjeturas⁵.

A la luz de la información que nos proporcionan los tratados consultados, cuya nómina se ofrece al final de este trabajo, podemos agrupar los supuestos orígenes de la heráldica en tres apartados:

1. Orígenes mitológicos
2. Orígenes históricos
3. Orígenes bíblicos

1. Orígenes mitológicos

Diego de Valera, Rodríguez del Padrón, Ferrán Mexía y Pedro de Gracia Dei coinciden en sus respectivas obras en que el primer portador de una enseña de armas fue Iove o Júpiter. Esta es la conocida águila negra, emblema adoptado por el imperio romano y más adelante -en la época en que escriben los autores citados- extendido a todos los imperios occidentales. El acuerdo es unánime al otorgar al ave de Júpiter un lugar eminente en los orígenes de la heráldica. Las discrepancias radican en dónde y cuándo fue adoptada el águila como emblema. Diego de Valera, siguiendo dos fuentes escasamente fiables y prácticamente imposibles de documentar, como son la *Estoria Teotónica, libro IX* y *De raptu Ganímedes*, obra atribuida por el autor a Valerio Máximo⁶, afirma que fue en la batalla contra Tros, rey de Troya para conseguir a su hijo Ganímedes:

Que fue un rey en Creta llamado Júpiter, el qual oyendo dezir de la estrema fermosura e abilidad juvenil de Ganímedes, fijo de Troo rey de Troya, deseando averlo en su servicio [...] gelo enbió demandar con grande ynstancia, lo qual , como le fuese por Troo denegado, Júpiter yndignado de su respuesta, lo enbió desafiar. E

⁵ Los pocos datos que conocemos de estos heraldistas han sido proporcionados por el profesor Martín de Riquer, *Heráldica catalana, ob. cit.*, pp. 576-600.

⁶ La cita de Valerio Máximo parece ficticia, pues ni en los *Dicta et facta memorabilia* ni en otro lugar aparece la narración del rapto de Ganímedes. En el *Origen de Troya y Roma* vuelve a referirse al libro titulado «De raptu Ganímedis» (apud M. Penna, *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, BAE, 1956, p. 156). En cuanto a la *Estoria teotónica*, texto repetidamente citado por Valera en sus obras como fuente principal, parece ser una crónica alemana contemporánea al autor, aunque a veces se remonta a periodos más antiguos. En la actualidad nos encontramos investigando el tema, del que pronto esperamos ofrecer conclusiones viables.

resçebido el desafío por Troo, amos a dos con ynumerables gentes vinieron a la batalla. [...] Donde como Júpiter troxiese un ramo de laurel por enseña puesto sobre una asta muy alta a la costumbre de estonçe, una águila bolante de súbito sobre él se asentó. La qual cosa como fuese vista por toda la gente de la hueste fue avido por señal de victoria. E Júpiter propuso dende en adelante de traer el águila por enseña tal qual allí se le mostró. [...] De donde los poetas, metaforizando, ovieron lugar de escrevir Ganimedes aver seydo levado en las uñas de un águila bolante del cielo por mandado de Júpiter. (Valera, *Tratado*, 18v-19r).

Esta idea es discutida por Ferrán Mexía quien afirma, bajo la autoridad de las *Sumas de Historia Troyana* de Leomarte, que la enseña debía de haberse mostrado en la primera batalla que mantuvo Júpiter, la librada contra Saturno, su padre:

Todos los sabios antiguos afirman quel primero que puso señal o la troxo en vandra fue Júpiter, fijo de Saturno. En especial lo afirma Leomarte en el comienzo de su libro [...].

La descripción de la batalla sigue fielmente su modelo:

[...] Donde es de notar que a la ora que las batallas de Saturno e de Júpiter su fijo querían mover las unas contra las otras, una águila del çielo vino en grand curso e púsose ençima de la dicha seña o vandra. E estando dubdando açerca de la señal o agüero, partió con fuertes alas apresuradas contra las batallas de Saturno, e luego Júpiter, esforçando sus gentes, començó a dezir que los dioses enbiavan aquella señal, la qual les mandava que bivamente cometiesen a sus contrarios, que la águila les prometía victoria. (Mexía, *Nobiliario*, libro III, cap. III)⁷.

En polémica con Valera, aprovecha el mismo lugar para desmentir que el origen del águila como emblema de Júpiter fuera a raíz del rapto de Ganimedes:

Pero esto creo yo que fue así: quel dicho Júpiter levando el águila pintada ya en la seña o vandra [...]. E por ser él tan grand rrey algund autor quiso dezir que con el dicho Troyus fue la dicha batalla.

La historia es muy parecida en Gracia Dei.

Juan Rodríguez del Padrón también atribuye a Júpiter el origen de las armas.

⁷ Compárese con el texto de las *Sumas*: «[...] el infante fizo tennir vn panno en sangre e pusolo ençima de vna grand vara e mando que todos le aconpannasen commo en sennal de la sangre de sus hermanos, e dezia a las gentes que aquella fazienda de su sennora la reyna era e qual yua con ella commo con su madre e por la sangre de sus hermanos. E esta fue la primera sennal que en el mundo fue leuantada. E estando ya leuantadas las conpannas çerca vnas de otras avn estauan commo dudosos los de la hueste del infante. E dizen las estorias que estando en esto que vyno vna aguila commo del rayo del sol e asiento en aquel panno que dyxymos que el infante feziera leuantar, e estouo ally vn poco e despues calo contra las huestes del rey Saturno. E quando esto vio el infante fue muy alegre e conortando a los suyos dixoles: «Sennores esta es la sennal que nos enbian los dioses, que es nuestro el derecho». E esta fue la primera senna <de> armas que dizen que en vandra o pendon fuese puesta». Seguimos el texto establecido por Agapito Rey, Leomarte, *Sumas de historia troyana*, Madrid, Revista de Filología Española, Anejo XV, 1932, pp. 76-77.

Sigue uno de los principios que Bártolo de Saxoferrato (1313-1359), al que llama «Doctor civil», expuso en su *Tractatus de Insigniis et armis* según el cual, si las armas son señal de nobleza, sólo puede traerlas el poseedor de la nobleza o los herederos de su linaje⁸.

Los citados principios son refrendados por el origen mitológico de las armas:

las quales el más noble e más poderoso de los primeros reyes, fallado primera mente en el mundo, fue visto traerlas.

La adopción del águila de Júpiter como emblema del imperio romano fue llevada a cabo por Tántalo, uno de sus hijos, quien robó a Ganimedes para agrandar a su padre, según refiere Rodríguez del Padrón en su *Cadira de Honor*:

Por esta figura Tántalo, según Fanocles escribe, el águila tomó de Jove, que por señal levara quando vençió al rey Troa e prendió a Gamínedes (Rodríguez del Padrón, *Cadira*, 290).

Esta versión del rapto también la reproduce Alfonso X en la *General Estoria* (sin aludir, como se ha comentado más arriba, al episodio mitológico como motivo para enarbolar una enseña). La obra del poeta griego Fanocles se difundió en la Edad Media a través de los *Cánones Chronici* de Eusebio de Cesarea⁹:

E por fazer seruiçio a su padre fue este rey Tántalo e falló a aquel infante Ganimedes andando a çaça. E commo yua él bien guisado e aperçebido de lo que queria fazer, e Ganimedes syn sospecha de tal fecho commo quien se andaua a çaça, tomólo el rey Tántalo commo en robo. E leuólo e presentólo al rey Júpiter para ninno de su cámara, e su priuado, e fazer sus poridades con él. E leuantóse estonçes sobresta razón muy grand guerra entre aquel rey Tántalo e el rey Tros por el robo deste infante Ganimedes, así commo lo cuenta en su estoria que fizo dende Fanocles el poeta, e lo retraen por él en sus crónicas Eusebio en el griego e Gerónimo en el latín.

De los cuatro autores citados, el que se manifiesta como un verdadero «hablistán», en palabras del humanista Juan de Valdés¹⁰, es mosén Diego de Valera. En primer lugar, simplifica en extremo el origen del águila como primer emblema en la historia de la humanidad, pero lo más exagerado es refrendar su teoría en dos obras supuestamente fantasmas, hecho que debió de indignar a Ferrán Mexía, contemporáneo suyo, a la luz de sus palabras:

otrosí algunos que han visto la Estoria Teotónica dizen que en la nombrada estoria

⁸ «Quaedam sunt insignia cuiuslibet singularis dignitatis, ut videmus quilibet rex, quilibet princeps, et ceteri potentiores habent arma sua et insignia, et ista etiam nemini alteri licet deferre vel suis rebus depingere [...]» (Bartolus de Sassoferrato: «Tractatus de insigniis et armis», apud. Evan J. Jones, *Medieval heraldry: some fourteenth century heraldic works*, Cardiff, 1943, pp. 221-252, en la p. 227).

⁹ Alfonso X el Sabio, *General Estoria* (ed. de A.G. Solalinde, Lloyd Kasten, Victor B. Oelschläger), Madrid, CSIC, 1961, 2ª parte, vol. II, p. 50. Cap. CDXL: «Del robo de Ganimedes». La cita de Eusebio corresponde a los *Cánones*, 51, 17-21.

¹⁰ Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. de Antonio Quilis, Barcelona, Plaza y Janés, 1984, p. 208.

fabla de la antigüedad de las armas y de sus fundamentos así del Julio <César> como del Carlos Magno [...]. (Mexía, *Nobiliario*, libro III, cap. VI).

Es evidente que Mexía no manejó la citada *Estoria Teotónica*, y que con el indefinido «algunos» se está refiriendo a Diego de Valera, aunque sus lecturas sean harto dudosas y, como veremos en el apartado siguiente, parezcan mezclar historia y mitología.

2. Orígenes históricos

En el mismo lugar que el anterior, Diego de Valera afirma que otro origen probable de las armas fueron las supuestas prerrogativas que Alejandro Magno concedió a sus hombres; aunque prefiere decantarse por la explicación mitológica pues, según él, se ajusta más a la doctrina del jurisconsulto Bártolo: «Sicut enim nomina inventa sunt ad cognoscendum homines, [...] ita etiam ista insignia seu arma ad hoc inventa sunt [...]» («asi como los nombres se inventaron para conocer a los hombres, también las enseñas o armas se inventaron para ello») (*ed. cit.*, pp. 228-229):

Otros quieren dezir el primero y nutor de las armas auer seydo el grande Alixandre de Maçedonia. El qual dizen que como ouiese de auer batalla con el rey Darío e fuesen por amas partes ynfinitas gentes ayuntadas por su alto consejo delibró de pelear por esquadras e a cada escuadra dio çierta enseña a que la gente aguardase. E que después de auida la victoria de Darío el dicho Alixandre dio a todos los duques, cabdillos o capitanes e prinçipales caualleros de su hueste çiertas armas que dende en adelante troxiesen. La primera opinio<n> paresçe más aprouada. Como quiera que aya seydo Bartulo en el Tratado de Insinis & Armis dize que para ser los onbres conoçidos fueron las armas falladas. (Valera, *Tratado*, ff. 19r-19v).

También Ferrán Mexía, al igual que Valera y Rodríguez del Padrón, reafirma la idea acerca del origen mitológico de las armas pues, según él, estos orígenes cumplen con las cuatro finalidades de las mismas, a saber:

o por ser los caualleros o defensores conoçidos, o por el buen aguero o señal, o por señal de nobleza, o por rrepresentacion de algund acto glorioso. (Mexía, *Nobiliario*, libro III, cap. 4).

El tratado del Heraldico Sicilia, anterior al de estos tres autores, explica que el primero en proporcionar enseñas de armas fue Alejandro Magno, sin aludir a los orígenes mitológicos.

El Heraldico Aragón, Garci Alonso de Torres, recoge la idea de Sicilia:

En las corónycas añçianas se falla quel muy noble e muy poderoso prýnçipe rrey Alexandre de Macydonia ordenó por buena e alta delyberación e buen consejo, en espeçial del consejo de su maestro Arystóteles, cabeça de su consejo, de dar a los señores e cabeçeras de guerra y tanbién a todo los otros cavalleros ensynyas e vanderas e pendones

e túnicas, que de presente se llaman cotas d'armas, sygún el ardimiento e autorydad de cada uno. (Torres, *Blasón*, f. 28 [83]¹¹).

La mención al consejo de Aristóteles aparece también en el *Catalogus gloriae mundi* de Barthélemy de Chasseneuz, a su vez reproducido por Lluçà. Los historiadores de la Antigüedad clásica (Arriano, Plutarco, Diodoro de Sicilia y Quinto Curcio) no dedican en sus respectivas biografías alejandrinas especial atención a los consejos de Aristóteles. La visión medieval de Alejandro se centrará en la sabiduría aristotélica transmitida por el filósofo a su discípulo. En concreto, abundará un tipo de literatura sapiencial acerca de las cualidades del gobernante¹². La Partida II de Alfonso X, dedicada por entero a legislar acerca de la figura del rey, al referirse a los representantes del monarca fuera de la corte, señala la semejanza, trazada por Aristóteles a Alejandro, de aquellos como miembros de su cuerpo.

Al iniciar este capítulo, el Rey Sabio realiza una pequeña consideración acerca del origen de las enseñas de armas:

Griegos e romanos fueron omes que usaron mucho antiguamente fechos de guerra, e mientras lo hizieron con seso e con ordenamiento vencieron e acabaron todo lo que quisieron. E ellos fueron los primeros que fizieron señas porque fuessen conocidos los grandes señores en las huestes e en las batallas. Otrosí porque las gentes de los pueblos se acabdillassen, parando mientes en ellos, e guardándoles que era manera de guiar, e de cabdillamento. (*Partida II*, título IX, ley XVI).

Vegecio ya había establecido, en sus *Instituciones militares* (libro II, cap. 13), el agrupamiento de los soldados bajo una misma enseña, que en las legiones romanas era el águila¹³. Así pues, las atribuciones a Alejandro Magno y, como veremos más adelante, a Julio César, Carlomagno e incluso Héctor, no son más que la personalización de una costumbre llevada a cabo por los ejércitos de la más remota antigüedad. Las menciones a Julio César y a Carlomagno las encontramos en Valera:

E mucho tiempo después Julio César primero enperador en el mundo, como fuese asý estrenuo e valiente cauallero como las estorias nos dizen, deseando que los caualleros e gentiles onbres fuesen acatados, temidos e honrrados entre las otras gentes, dio a los tales grandes esençiones e preminençias e armas o señales por que fuesen conosciados. (Valera, *Tratado*, f. 19v).

¹¹ Acerca de la doble numeración del manuscrito, véanse mis investigaciones al respecto: M^a Lourdes Simó Goberna, «El manuscrito 529 de la Biblioteca Nacional de Cataluña y el *Tratado de las Armas* de Diego de Valera», *Incipit*, XIII (1993), pp. 153-169.

¹² Véase el imprescindible artículo de María Rosa Lida: «La leyenda de Alejandro en la literatura medieval», *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 167-197, en especial, p. 180 en adelante. La cita de la Segunda Partida es de Aurora Juárez Blánquer y Antonio Rubio Flores (eds.), *Partida Segunda de Alfonso X el Sabio. Manuscrito 12794 de la B.N.*, Granada, Impredisur, 1991.

¹³ Végece: «Les institutions militaires de Flavius Vegetius Renatus, haut dignitaire, adressées a Valentinien Auguste», dentro de *Collection d'auteurs latins avec la traduction en français, publiés sous la direction de M. Nisart*, Paris, Dubrochet, Le Chevalier et comp. ed., 1849, p. 679.

[...] muchos tienpos después Carlo Magno rey de Françia & enperador delos romanos, como fuese el más syngular en virtud delos prinçipes de su tienpo & mas entendido en los abtos de gentileza an<n>adió muchas cosas así en las armas & en sen<n>as como en el ofiço de las armas. (Valera, *Tratado*, ff. 19v-20r)¹⁴.

Estas dos citas son amplificadas por Ferrán Mexía a lo largo del libro III del *Nobiliario vero*. El citado *Catalogus gloriae mundi*, en el capítulo XVII menciona a Julio César, pero intentando explicar las causas de que el águila bicéfala fuera el emblema del Imperio Romano. Sus ideas son recogidas explícitamente por Bernat Mestre en su primer armorial.

La anécdota, referida por Chasseneuz y Bernat Mestre -al margen de la explicación de las dos cabezas- es muy semejante a la que Valera decía protagonizada por Júpiter: un águila se presentó en la batalla y este hecho se consideró signo de victoria.

Quinto Curcio, en su *Vida de Alejandro Magno* y Plutarco, en el libro de las *Vidas paralelas*, que dedica a *Alejandro Magno* y *Julio César*, cuentan que durante la definitiva batalla contra Darío, se vio un águila sobrevolar la cabeza de Alejandro, hecho interpretado por el adivino Aristandro como signo de victoria. Las citas son muy semejantes:

El adivino Aristandro, que le acompañaba a caballo, llevando una especie de alba y una corona de oro, les mostró un águila que, por encima de la cabeza de Alejandro, se encaminaba recta a los enemigos, lo que infundió grande aliento a los que la vieron [...] ¹⁵.

Las mitologías occidentales coinciden, desde la Antigüedad, en dotar al vuelo del águila de un carácter augural, vaticinador de la voluntad divina. Esto explicaría la semejanza de las historias narradas por los historiadores clásicos y medievales¹⁶.

3. Orígenes bíblicos

Pedro de Gracia Dei y Ferrán Mexía dedican sendos capítulos a explicar el origen bíblico de las enseñas de armas:

[...] Doze hijos que fueron regidores y caudillos de las doze tribus de Israhel [...] y por que estos doze suso dichos tovieron pendones segund se demuestra en lo siguiente, fue necesario el principio desta relación que la presente demuestre las insignias que llevaban los doze tribus de Israhel,

¹⁴ El mismo tema será tratado más extensamente por el propio Valera en las *Preheminencias y cargos de los oficiales de armas* (ed. Penna, *ob. cit.*, pp. 168-171).

¹⁵ Plutarco, *Vidas paralelas. Alejandro y Julio César*, (introducción y cronología de Carlos García Gual), (Biblioteca Edaf, 201), Madrid, Edaf, 1993.

¹⁶ Como primera aproximación al tema véase: Jean Chevalier-Alain Gheerbrant, *Dictionnaire des symboles*, Paris, Robert Laffont/Jupiter, 19822, s.v. «aigle», pp. 12-16.

manifiesta Gracia Dei (*Blasón*, cap. 10), para continuar su explicación en los capítulos 11 y 12.

Ferrán Mexía, quien en el capítulo IV de su *Nobiliario vero* ha referido extensamente la formación de las doce tribus de Israel, añade:

Fablando nuestro señor a Muysén e a Arón díxoles: «cada uno de los tribos por sus compañías e por las casas de sus parientes tomen e ayan señas e pendones» (Mexía, *Nobiliario*, libro III, cap. V).

Todos los heraldistas catalanes abogan por el origen bíblico de las enseñas de armas. Cronológicamente, el primero de ellos es Steve Tamborino:

Lig.se en lo segon De Numeri que Déu manà a Moysès que tots los signats dels fills de Israel fosen en circuit del tabernacle de la archa dederis ab ses armas e banderas, que foren de quiscun trip dotze milia signats, dels quals fa testimoni Sanct Joan, Apocalipsi, séptimo. (Tamborino, *Tractat*, p. 606).

Prescinde nuestro autor de otros lugares bíblicos que sí citarán sus seguidores, como Bernat Mestre.

Mestre cita los capítulos 14 (versículos 14-16) y 48 (versículos 14-15) del Génesis, donde se cuenta, respectivamente, el rescate de Lot por parte de Abraham y la imposición de manos de Jacob a sus hijos; el capítulo 7 (versículos 4-5) del Apocalipsis y, por último, el capítulo 2 (versículos 1-2) de los Números, el único en el que hace mención a enseñas y que sirve de fuente a Gracia Dei y Mexía:

Locutusque est Dominus ad Moysen et Aaron, dicens: Singuli per turmas, signa, atque vexilla, et domos cognationum suarum, castrametabuntur filii Israel, per gyrum tabernaculi foederis.

[El Señor habló a Moisés y a Aarón, diciendo: «Los hijos de Israel acamparán cada uno bajo su bandera, bajo las enseñas de sus casas patriarcales, acamparán delante y alrededor del Tabernáculo».]

Lluprà explica el mismo pasaje:

E Déu manà a Moysès que tots los fills de Israel foçen incircuits del tabernacle de la archa federis ab ses armes e insgnies o banderas per gordar e defenssar lo tabernacle. (Lluprà, *Art*, p. 616).

La *General Estoria* de Alfonso X narra ampliamente el episodio bíblico, cuyas fuentes medievales las constituyen las *Antigüedades judaicas* (libro III, cap.9) de Flavio Josefo. Interesa la visión medieval de la constitución del ejército israelita:

[...] e tornosse dallí adelant a entender en armas, e trabaiarse dellas, e usar de cauallería, ca bien sabié que por batallas auien a uenir ala tierra que Dios les daua, e tóuo lo en coraçón» (ed. cit., Primera Parte, p. 593).

Conclusiones

El primer tratado de heráldica conocido, *De heraudie* (primera mitad del siglo XIV), era un pequeño compendio en verso y prosa de las reglas que regían la ciencia heráldica acerca de colores, metales, muebles y figuras, sin referirse para nada a los orígenes de las enseñas de armas. Son los tratados bajomedievales y renacentistas los que muestran un especial interés sobre el tema. Parece lógico suponer que, al incrementarse la importancia de los heraldos o reyes de armas en las Cortes europeas, aumentan los deseos de conocer más acerca de la ciencia del blasón.

Buscar los orígenes de la heráldica en la mitología clásica, como hacen los heraldistas castellanos, léase Valera, Gracia Dei o Mexía, obedece explícitamente a que estos orígenes cumplen con un precepto fundamental, enunciado por Bártolo de Saxoferrato: las enseñas son un signo de nobleza. Según los citados heraldistas, la primera enseña de armas fue un águila, interpretada por señal de buen agüero entre los romanos y más adelante, adoptada como emblema imperial. Paralelamente, la adopción del ave de Júpiter como figura heráldica, dio lugar a un intento de explicación de sus orígenes, hecho que se confunde con las teorías acerca del nacimiento de las enseñas de armas.

Los heraldistas franceses, Clément Prinsault o Barthélemy de Chasseneuz, y el heraldo Aragón, Garci Alonso de Torres, prefieren un origen histórico para la heráldica. Este respondería a uno de los principios más antiguos: las armas se inventaron para reconocer a los hombres. La atribución a Alejandro y Julio César, conocidos durante la Antigüedad y la Edad Media por sus hazañas militares, del reparto de enseñas-posteriormente hereditarias- a los soldados más valientes, no se documenta en textos literarios medievales.

Por su parte, los heraldistas catalanes dotan a la heráldica de unos orígenes bíblicos, partiendo de la máxima latina: «ubi maior labor et periculum, ibi maior laus et premio est». La atribución bíblica presenta cierta tradición durante la Edad Media. La *General Estoria* de Alfonso X ya se refiere a las acciones caballerescas emprendidas por las doce tribus de Israel.

El tema tratado en nuestra comunicación, pese a su evidente conexión con la historia, no carece de interés literario: el anacronismo ofrece un vasto campo al tratadista medieval quien, fiel a la tradición que le precede, no duda en transformar la divinidad de Júpiter en nobleza (se le llama «rey de Creta»), o en llevar a las huestes alejandrinas y a las tribus bíblicas a batallar en formación de escuadras agrupadas bajo la misma bandera, al estilo de la Edad Media. Tales detalles contribuyen a hacer sugerentes estos textos y a convertir su estudio en material susceptible de nuevas aportaciones.

TEXTOS ANALIZADOS

(precedidos de la abreviatura utilizada para las citas)

Textos en castellano

1. TORRES, *Blasón*: Garcí Alonso de Torres, *Blasón d'armas* [1496], ms. 529, ff. 27v-92v, Biblioteca de Cataluña, Barcelona.
2. GRACIA DEI, *Insignias*: Pedro de Gracia Dei, *Blasón de todas las insignias del Universo*, [Coria, 1489], ed. de Pascual de Gayangos, Madrid, Imprenta Fontanet, 1882.
3. MEXÍA, *Nobiliario*: Ferrán Mexía, *Nobiliario vero* [Sevilla, 1492], ed. facsímil de M. Sánchez Mariana, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1974.
4. RODRIGUEZ DEL PADRÓN, *Cadira*: Juan Rodríguez del Padrón, «Cadira de Honor» [circa 1440], ed. de César Hernández Alonso, *Obras completas de Juan Rodríguez del Padrón*, Madrid, Editora Nacional, 1982, pp. 259-304.
5. VALERA, *Tratado*: Diego de Valera, *Tratado de las armas* [circa 1467], ms. Esp. 233, París, Biblioteca Nacional, ff. 173r-201r.
6. VALERA, *Preheminencias*: «Preheminencias y cargos de los oficiales de armas» [entre 1475 y 1480], ed. de Mario Penna, *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956, pp. 168-171.

Textos en catalán

1. BERNAT MESTRE I: *Armorial catalán de Bernat Mestre* [circa 1544], ms. 301, ff. 30r-33v. Biblioteca de Cataluña, Barcelona.
2. BERNAT MESTRE II: *Armorial catalán de Bernat Mestre* [circa 1550], ms. 510, ff. 8r.ss. Biblioteca de Cataluña, Barcelona.
3. LLUPIÀ, *Art*: Bernat de Llupià, «Lo art y modo del blasó» [entre 1530-1545], ed. Martín de Riquer: *Heráldica catalana (1150-1550)*, Barcelona, Quaderns Crema, 1983, 2 vols. vol. 1, pp. 616-623.
4. TAMBORINO, *Tractat*: Steve Tamborino, «Tractat d' heràldica» [entre 1516 y 1519], ed. de Martín de Riquer, *ob. cit.*, vol. 1, pp. 604-605.

Textos en francés

1. CHASSENEUZ, *Catalogus*: Barthélemy de Chasseneuz, *Catalogus gloriae mundi*, Lyon, A. Vicentius, 1546 [primera edición en Lyon, 1529].
2. PRINSAULT, *Traité*: L. Douet- D'Arcq: «Un traité de blason du XV^e siècle» [entre 1466 y 1478] [el de Clément Prinsault, *Revue Archeologique*, 15 (1858), pp. 257-274 (introducción) y 321-342 (edición)].
3. SICILIA, *Blason*: Heraldó Sicilia, *Le blason des couleurs* [entre 1435 y 1457], seguimos la edición italiana que se encuentra en la Biblioteca de Cataluña, Barcelona: Araldo Sicilio, *Trattato dei colori nelle arme, nelle livree et nelle divise*, Venezia, Guido de Cavalli, 1565.